

AULA DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA CICLO II: LA CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS, HOY

La Mesa compartida

Raíces bíblicas de la Eucaristía

Prof. Rafael Aguirre Monasterio

Profesor de Sagrada Escritura
Universidad de Deusto, Bilbao

Santander, 13 de febrero de 2007

Cada vez estoy más agradecido a su invitación y a la confianza que eso supone el que la reitere; esta vez con una particularidad: normalmente he venido a los ciclos bíblicos, sin embargo en esta ocasión mi conferencia se inscribe dentro del ciclo de Teología sistemática, por lo que quizás resulte un poco más académica que otras veces, y temo que pueda resultar un poco más pesada.

De la Última Cena a la Cena del Señor

Sabemos que la vida de las comunidades del NT giraba en torno a lo que ellos llamaban la *Fracción del pan*, o la *Cena del Señor*. Desde el punto de vista bíblico, la eucaristía hay que entenderla a partir de tres relaciones:

- ✓ En relación con las comidas de Jesús durante su vida pública.
- ✓ En segundo lugar, en relación a la Última Cena que Jesús celebró con sus discípulos.
- ✓ Y en tercer lugar, en relación a la experiencia pascual, que con frecuencia es presentada en el contexto de una comida.
- ✓ Como no es posible abarcar todo, me voy a centrar en lo que considero el punto clave y que, de alguna manera, incluye los otros dos: el estudio histórico y teológico de la Última Cena, en el que conviene tener presentes tres puntos:
- ✓ La Última Cena, como dice la misma expresión, ha de entenderse en relación a toda la vida anterior de Jesús.
- ✓ En segundo lugar, las palabras que Jesús pronuncia allí hay que relacionarlas con los gestos que hace y con los símbolos que utiliza.
- ✓ En tercer lugar, no se deben proyectar anacrónicamente sobre la Cena de Jesús las discusiones posteriores de carácter metafísico y dogmático.

La Última Cena como culminación de la vida de Jesús

Es indudable que, antes de su detención y muerte, que se preveía inminente, Jesús celebró una cena de despedida con sus discípulos, en el curso de la cual hizo unos gestos y pronunció unas palabras de especial solemnidad, que expresaban lo que había sido el sentido de toda su existencia. Lo que Jesús hace en el Cenáculo, como lo que después va a vivir en el Calvario, no se puede entender separado de su vida. Jesús murió como vivió y vivió como murió. Cuando se desconecta la muerte de

Jesús de su vida, surge el peligro de ver en ella un momento mágico, eficaz por sí mismo en cuanto a muerte. Por eso destaco sintéticamente, más bien recuerdo, unas características de la vida de Jesús, que hay que tener presentes:

- ✓ Jesús proclama el Reino de Dios, la salvación definitiva de Dios, su amor que está ya irrumpiendo en el mundo. Jesús no coloca su propia persona en el centro de su predicación; sin embargo, la salvación definitiva de Dios es, de alguna manera, inseparable de su mensaje y de su persona.
- ✓ En segundo lugar, para Jesús la causa de Dios es la causa del ser humano. La soberanía de Dios, que es Padre, se expresa en la fraternidad humana.

La experiencia peculiar que Jesús tiene de Dios, se expresa como entrega absoluta a los hombres, especialmente a los más marginados, a los más necesitados. Jesús hace presente, con sus palabras o sus acciones, y con toda su vida hasta su muerte, a un Dios que es don y amor gratuito. En Él se revela el don decisivo, irrevocable, de Dios a la humanidad.

- ✓ En tercer lugar, no se puede decir propiamente que Jesús buscó y deseó su muerte para la realización del Reino de Dios. La muerte de Jesús es un hecho histórico, por tanto contingente. Jesús buscó hasta el final la conversión, que las personas aceptasen la salvación, pero las cosas no sucedieron así. La perspectiva de la muerte se perfila como consecuencia del rechazo de su oferta de salvación, sobre todo por parte de las autoridades; sin embargo, esa oferta no fue cancelada, ni tan siquiera por la perspectiva de la muerte inmediata.

La cena de despedida de Jesús como culminación de sus comidas durante su ministerio.

Ya en el AT, el banquete, una comida solemne, es una imagen privilegiada para hablar de la plenitud del Reino de Dios; pensemos en el famosísimo texto del capítulo 25 del profeta Isaías. La Alianza es subrayada con un banquete, y la comida cotidiana de los judíos, pero sobre todo las comidas solemnes y festivas, iban precedidas por una acción de gracias a Dios al comienzo, en el momento en que se partía el pan.

También hay que tener presentes las comidas de Jesús durante su vida pública; comidas que Lucas subraya de una manera muy especial. Jesús come con sus discípulos, con los fariseos, con pecadores y publicanos... con todo tipo de gente y, frecuentemente, en el contexto de las comidas tienen lugar sus enseñanzas más importantes. También hay actitudes de Jesús que resultan incomprensibles, pero que le dan pie para expresar que la misericordia y el amor de Dios no tiene fronteras, sino que busca a todo tipo de gente, supera todo tipo de marginaciones...

La experiencia de comer con Jesús fue tan decisiva para sus discípulos que, incluso después de la muerte del Maestro, expresan frecuentemente la experiencia personal del encuentro con el Resucitado en el contexto de una comida. Podemos verlo, por ejemplo, en el capítulo 21 del evangelio de Juan, cuando están pescando en el lago y Jesús les prepara unos peces sobre unas brasas para comer con ellos; el capítulo 24 de Lucas, nos dice que los discípulos de Emaús le reconocen *al partir el pan*; y en el capítulo 10 de Hh, Pedro anuncia por primera vez el evangelio a unos paganos, el centurión y toda su familia, en casa de Cornelio y dice: *Nosotros somos los que comimos y bebimos con él después de su resurrección de entre los muertos.*

La Cena de despedida, por tanto, hay que situarla en el contexto de las comidas de Jesús, gesto característico suyo con el que expresaba el amor de Dios y ofrecía su salvación; pero, obviamente, la comunión de mesa, ante la inminencia de su muerte,

tuvo un significado particularmente denso, en el que vamos a intentar adentrarnos a continuación.

Dos versiones de la Última Cena.

Hay dos versiones de la Última Cena: una en los Evangelios Sinópticos, y otra en el Evangelio de Juan.

Los Sinópticos nos presentan los gestos y las palabras de Jesús con el pan y con el vino; lo que se suele conocer como el relato de la institución de la Eucaristía. Juan no habla de pan y de vino, sino que pone en la Última Cena un largo discurso de Jesús centrado en el amor; y también un gesto simbólico, pero muy diferente: el lavatorio de los pies.

Sin embargo, todos coinciden en poner, tras las acciones del pan y del vino en los Sinópticos, y tras el lavatorio de los pies en Juan, unas palabras muy solemnes de Jesús. En los primeros Jesús dice: *Haced esto en memoria mía*, y en Juan dice: *Vosotros me llamáis el Señor y el Maestro, y decís bien, pues lo soy; si yo os he lavado los pies, también vosotros, lavaos los pies unos a otros.*

Esto nos sugiere algo muy importante: que la eucaristía es el contexto en que el amor y el servicio deben surgir y, por tanto, son el efecto que debe producir la celebración eucarística. Juan conoce muy bien la eucaristía; lo dice en el capítulo 6 de su evangelio: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna*; sin embargo, en la Última Cena no narra la institución de la eucaristía. Se ha dicho que quería salir al paso de una interpretación un tanto mágica, que se daba en el ambiente helenístico en que él se desenvolvía, razón por la cual, en la Cena de despedida de Jesús, habla del amor mutuo y del servicio, sin los cuales la eucaristía queda vacía de su sentido.

¿Fue una Cena Pascual?

Es un tema discutido y hay divergencias entre los Sinópticos y Juan.

Para los primeros es una Cena Pascual: Jesús dice a dos de los suyos que vayan a Jerusalén y que le preparen allí una estancia para celebrar la Cena Pascual, precisamente con los discípulos. Tiene lugar el jueves al anochecer, cuando ya ha empezado el viernes, -es el 15 de Nisán, el día de Pascua- día en que Jesús fue crucificado a mediodía.

Juan está de acuerdo con los Sinópticos en que Jesús fue crucificado el viernes, sin embargo para él la Pascua no se celebraba el viernes, sino el sábado, por lo que la Última Cena de Jesús no aparece como una Cena Pascual. En el momento del proceso de Jesús, los Sumos Sacerdotes no quieren entrar en el Pretorio de Pilato porque dicen que no querían impurificarse, ya que aquella noche tenían que comer la Cena Pascual. Ambas versiones, la de los Sinópticos y la de Juan están teologizadas.

Los Sinópticos presentan una Cena Pascual que significa el cumplimiento de aquella en la cual los judíos celebraban la liberación de Egipto; Jesús está realizando la liberación definitiva.

Juan presenta a Jesús crucificado en el mismo momento en que en el templo se están sacrificando los corderos que después, al anochecer, se iban a comer en las casas, con lo cual subraya que *Jesús es el cordero de Dios*, como dice en su Evangelio.

Tanto los Sinópticos como Juan, tienen una preocupación teológica; se ha tratado muchas veces de compaginar ambos relatos, y, para ello, se ha dicho con frecuencia, y además parece cierto, que en el judaísmo existían diversos calendarios,

por lo que unos grupos se regían por uno y otros por otro diferente. Entonces, los Evangelios sinópticos y el Evangelio de Juan se están refiriendo a calendarios distintos, lo que serviría para poder armonizar ambos relatos. Es una cuestión de muy difícil discusión, y además secundaria para nuestro objetivo.

En cualquier caso, sí está claro que la Última Cena tiene lugar en Jerusalén, en un ambiente pascual, en que se reavivaban las esperanzas mesiánicas en el pueblo judío. Jesús celebra una cena de especial solemnidad –quizás una Cena Pascual- con sus discípulos, con la sensación de que su ministerio había llegado a un momento decisivo; la tensión con las autoridades había alcanzado un punto prácticamente insostenible, y la detención y muerte de Jesús gravitaba sobre todos los que estaban allí reunidos.

Los Sinópticos y Pablo, en su primera Carta a los Corintios, presentan en el marco de la Última Cena los gestos y palabras solemnes de Jesús sobre el pan y el vino, lo que se suele llamar “*el relato de la institución de la eucaristía*”.

Es una opinión muy extendida, y apoyada en argumentos muy sólidos, pensar que las tradiciones que transmiten *los relatos de la institución de la eucaristía*, tienen un origen litúrgico. En la primera Carta a los Corintios es aún más claro el carácter preexistente del texto que Pablo inserta en dicha carta, y que se utilizaba en las celebraciones litúrgicas de su comunidad: *Yo os he transmitido lo que a mi vez he recibido, que el Señor Jesús la noche en que era entregado, tomó pan y dando gracias...*

La expresión: *Yo os he transmitido lo que a mi vez he recibido*, es una expresión técnica que se utilizaba en el rabinismo para expresar, precisamente, la transmisión de un hecho importante.

La primera Carta a los Corintios se escribió en torno al año 55, por lo que la tradición eucarística que aquí inserta y utiliza Pablo, la recibió probablemente en Antioquía, donde había sido educado en la fe en los años 35 a 40; nos encontramos, por tanto, con un texto muy arcaico.

Parece que *los relatos de la institución de la eucaristía* nos transmiten una tradición que se utilizaba en las celebraciones litúrgicas en época muy temprana. La narración de la Cena ha sido despojada, prácticamente, de todos los demás detalles, y sólo se conserva para justificar el uso litúrgico de la Iglesia posterior, pero tampoco podemos olvidar que esa tradición litúrgica es extraordinariamente antigua, que se origina en lugares como Jerusalén y Antioquía, donde residían los primeros testigos de Jesús, y que se refiere a circunstancias y detalles concretos. La tradición sobre la Última Cena de Jesús se presenta como un relato litúrgico, pero con toda seguridad goza de una base histórica.

Nos encontramos así con cuatro relatos que responden a dos tradiciones. Si los leen un poco despacio, verán que el de Marcos y el de Mateo son muy similares y que el de Pablo tiene muchas semejanzas con el de Lucas.

Vamos a leer y comentar los textos siguiendo el esquema siguiente, que presenta los cuatro relatos escritos en paralelo, lo que permite una lectura y, sobre todo una comparación fácil.

RELATOS DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Mt 26.26-29

26 Ahora bien, estando ellos
Comiendo tomando
Jesús pan y bendiciendo (lo),
lo partió y dándolo
a los discípulos dijo:

*“Tomad, comed, esto es mi
cuerpo”.*

27 Y, tomando una copa,
y dando gracias, se (la) dio

diciendo:

*“Bebed de ella todos,
28 pues ésta es mi sangre
de la alianza
que es derramada por muchos
para perdón de (los) pecados.*

29 Ahora bien, os digo, no beberé
desde ahora de este producto
de la vid hasta el día aquel
cuando lo beba con vosotros
nuevo en el reino de mi Padre”.

Mc 14.22-25

22 y, estando ellos comiendo,
tomando pan y bendiciendo(lo)
(lo) partió y se (lo) dio y dijo:

“Tomad, esto es mi cuerpo”.

23 Y, tomando una copa,
y dando gracias, se (la) dio
y bebieron de ella todos

24 y les dijo:

*“Ésta es mi sangre
de la alianza
que es derramada por muchos.*

25 En verdad, os digo que ya no
beberé del producto
de la vid hasta el día aquel
cuando lo beba
nuevo en el reino de Dios”

Lc 22,15-20

15. Y les dijo: *“Con deseo he
deseado comer esta Pascua con
vosotros antes de sufrir; 16 pues
os digo que ya no la comeré hasta
que se cumpla en el Reino de
Dios”.* 17 Y, recibiendo una copa,
dando gracias dijo: *“Tomad esto y
repartid (lo) entre vosotros; 18
pues, os digo, no beberé desde
ahora del producto de la vid hasta
que venga el reino de Dios”.* 19 Y,
tomando pan, dando gracias (lo)
partió y se (lo) dio diciendo:

*“Esto es mi cuerpo,
que es dado por vosotros.
Haced esto en recuerdo mío”.*

20. Y la copa lo mismo
después de cenar

diciendo

*“Esta copa (es)
la nueva alianza en mi sangre
que es derramada por vosotros”.*

I Cor. 11

23... El Señor Jesús, la noche que
era entregado.
24 tomó pan y dando gracias
(lo) partió y dijo:

*“Esto es mi cuerpo
que (es vosotros).
Hace esto en recuerdo mío”.*

25 Y lo mismo la copa
después de cenar

diciendo:

*“Esta copa es
la nueva alianza en mi sangre*

*Haced esto, cuantas veces bebáis
en recuerdo mío”
26 Pues, cuantas veces comáis este
pan y bebáis esta copa, anunciáis
la muerte del Señor hasta que
venga”.*

Voy a señalar algunas diferencias de Mateo con Marcos: En el versículo 27 de Mateo dice: *Tomando una copa y dando gracias se la dio diciendo: “Bebed todos, pues ésta es mi sangre”*.

En cambio, en Marcos 23 dice: *“Y tomando una copa, y dando gracias, se la dio y bebieron de ella todos, y les dijo: Ésta es mi sangre de la alianza...”*

Mateo ha hecho un paralelismo más estricto: Cuando se trata del pan, versículo 26, dice: *“Tomad, comed”*, y cuando se trata de la copa, versículo 27, dice: *“bebed”*...

Por otra parte, Mateo añade sobre Marcos: *“Ésta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados”*. El carácter expiatorio de la muerte de Jesús se encuentra únicamente en Mateo.

El texto de Lucas presenta una situación muy especial: Los versículos 15 a 19 no tienen un carácter eucarístico, sino que relatan el inicio de la Cena Pascual; sólo a partir del versículo 19 nos relata, propiamente hablando, los gestos que podríamos llamar de carácter eucarístico.

Podemos ahora dar un paso más, aunque comprendo que requeriría más tiempo para poder hacer una lectura personal de los textos, y tratar de fijarnos en ellos para ver sus diferencias más importantes y, si es posible, detectar la versión más antigua.

Hay dos detalles, centrales además, en los cuales la mayor antigüedad de Pablo parece indudable: En el versículo 25 de la Primera Carta a los Corintios dice: *“Y lo mismo la copa después de cenar, diciendo: Esta copa es la nueva alianza en mi sangre”*. Es decir, da a entender que el gesto con el pan se ha hecho al comienzo de la cena, y es después de cenar cuando hace el gesto con la copa. Lucas nos da a entender lo mismo en el versículo 20: *“Y la copa lo mismo después de cenar”*. Sin embargo, en Mateo y Marcos aparecen los dos gestos unidos y separados del resto de la cena.

También en Marcos está más desarrollado el paralelismo entre los gestos del pan y del vino. Jesús dice: *“Esto es mi cuerpo”*, y después, *“Ésta es mi sangre”*. En cambio, en Pablo dice: *“Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros”*, y después: *“Esta copa es la nueva alianza en mi sangre”*. No dice: *“ésta es mi sangre”*, sino *“Ésta copa es la nueva alianza de mi sangre”*.

En Mateo y Marcos nos encontramos un paralelismo más estricto; la liturgia tiende a establecer paralelismos y a igualar los textos. El texto de Pablo puede ser más arcaico en estos detalles

En los Evangelios de Marcos y Mateo, hay un detalle que puede ser muy antiguo y que, sin embargo, no se encuentra en Pablo: En el versículo 25 de Marcos, similar al del versículo 29 de Mateo, dice: *“En verdad os digo que ya no beberé del producto de la vid hasta el día aquel cuando lo beba con vosotros nuevo en el reino de Dios”*.

Como vemos, en las palabras sobre el pan hay una coincidencia fundamental en las cuatro versiones; son unas palabras muy sencillas y muy sobrias: *“Esto es mi cuerpo”*. Sin embargo, en las palabras sobre la copa, las diferencias son muy grandes; también son palabras más teologizadas, de las que más tarde veremos su significado y sus posibles repercusiones.

Con todo lo anterior, podemos establecer unas conclusiones desde el punto de vista histórico:

- ✓ En primer lugar, que Jesús, la víspera de su detención, y durante el tiempo de las festividades pascuales, realizó un banquete solemne con sus discípulos.
- ✓ Al inicio del banquete, y como era costumbre entre los judíos, pronunció la bendición –era el anfitrión- y les repartió el pan acompañando este gesto con unas palabras interpretativas.
- ✓ Al final de la cena, siguiendo también la costumbre, pronunció la acción de gracias sobre la copa y la pasó a sus discípulos, al tiempo que volvía a pronunciar unas palabras interpretativas.

Los discípulos captaron que los signos del pan y del vino estaban cargados de sentido simbólico y pronto juntaron ambos signos, poniendo en paralelo lo que al principio había estado separado por la cena.

Finalmente, los signos se realizan aprovechando las costumbres de una celebración judía, pero introduciendo algunas modificaciones.

Lo normal es que cada comensal utilizase su copa; sin embargo aquí parece que hay una única copa de la que son invitados a beber todos. Tampoco tenía precedentes el que el ofrecimiento del pan y de la copa fuesen acompañados de unas palabras interpretativas.

En resumen, Jesús se sirvió de una serie de elementos familiares de los banquetes judíos, originalmente utilizados para resumir toda su vida y expresar el sentido de su muerte cercana.

El dicho escatológico

Vamos a verlo con el texto de Marcos 14,25: *“En verdad os digo que ya no beberé del producto de la vid hasta el día aquel cuando lo beba nuevo en el reino de Dios”*.

Este versículo, que suele resultar un tanto enigmático, tiene las máximas garantías de ser histórico. En él, Jesús prevé, anuncia y acepta, ante todo, su muerte cercana, con lo que, de alguna manera, se despide. Jesús tuvo que contar con la posibilidad de su muerte; la crisis con las autoridades había llegado a una situación insostenible y él sabía que le buscaban, lo mismo que sabía cuál era el destino de los profetas... En mi opinión, se puede decir que Jesús asumió su muerte con confianza en Dios y sin abdicar de la causa de su Reino.

La segunda parte del versículo: *“hasta el día aquel cuando lo beba nuevo en el Reino de Dios”*, expresa precisamente la confianza en que Dios le resucitará y en la venida del Reino. La perspectiva es escatológica: la manifestación del reino en plenitud. Antes he dicho que la imagen del banquete es clásica para expresar la amplitud del Reino de Dios, y he citado el famoso texto del capítulo 25 de Isaías. Por otra parte, el vino, sobre todo en Isaías, es un elemento clásico de la alegría mesiánica; cuando se habla del banquete mesiánico se dice que *“allí habrá vinos de solera”* (Is. 25,26)

Desde el principio, los cristianos vivieron la eucaristía como recuerdo de la muerte del Señor, pero también como espera y tensión hacia la manifestación plena del Reino de Dios. Pero esta esperanza se fue reformulando cristológicamente: ya no se trataba sólo de esperar el Reino de Dios, sino de esperar la venida gloriosa de Jesús. Por eso en el versículo 26 de la Primera Carta de Pablo a los Corintios, nos encontramos con la frase siguiente: *“Pues, cuantas veces comáis este pan y bebáis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga”*. La venida del Reino de Dios implicará la vuelta del Señor, porque el Reino de Dios es inseparable de la persona de Jesús.

Las acciones proféticas de Jesús en la Última Cena

En muchas ocasiones los estudios sobre Jesús, concretamente los realizados sobre la Última Cena, se preocupan mucho de sus palabras y dan poca importancia a sus hechos. Sin embargo, los gestos de Jesús son muy importantes; quizás se pueden precisar históricamente con más garantía y, afortunadamente, se han conservado y transmitido en el ritual cristiano.

Estos gestos hay que entenderlos a la luz de las acciones simbólicas de los profetas que, como saben, realizan unas acciones que no son simplemente ejemplos pedagógicos, sino que tienen una gran fuerza; de alguna manera, en sus acciones simbólicas ellos quieren expresar que ya está actuando la realidad que están anunciando.

También Jesús habla y actúa; realiza acciones simbólicas muy importantes a lo largo de su vida, por ejemplo cuando cambia el nombre a Simón y le llama Cefas - piedra-, o cuando crea un grupo de 12 –símbolo del nuevo pueblo de Israel que él quiere congregarse- para que estén íntimamente unidos a él.

Las acciones de Jesús superan esencialmente a las de los profetas del AT porque Jesús no anuncia una intervención divina más, sino que proclama la intervención definitiva y escatológica de Dios, y además lo hace con una autoridad insólita. Él no está transmitiendo oráculos de Yahvé, sino que dice: “*En verdad yo os digo...*”

La última semana de Jesús en Jerusalén es esencialmente tensa e intensa; en ella tiene lugar un gesto profético decisivo: la expulsión de los vendedores del Templo, que las autoridades van a interpretar como un desafío intolerable, y va a estar en el origen de la acusación última contra Jesús. Este hecho está unido verdaderamente a la conciencia que tiene Jesús de que con él irrumpe el Reino de Dios que, en la mentalidad judía, supondría la destrucción del Templo y la construcción de uno nuevo por parte de Dios.

En ese ambiente tenso de lo que se presagia, en un banquete de despedida ante la cercanía de su muerte, Jesús confiere a lo que son gestos normales de un banquete judío -la bendición con el pan al inicio, la acción de gracias con la copa final- un sentido muy especial de lo que había sido toda su vida: gestos con el pan y con la copa que expresan la entrega a los suyos, el sentido de su muerte, su voluntad de comunión y de permanencia.

La acción profética con el pan

Jesús, como he dicho antes, ejerce de anfitrión y, como tal, *coge el pan y lo bendice*. La bendición era un gesto normal en una comida festiva, para dar gracias a Dios por todos sus dones y para alabarlos.

Después lo parte y lo entrega a los discípulos; este gesto está, en sí mismo, lleno de sentido. Cuando el presidente de un banquete enviaba el pan bendecido a los comensales, les transmitía con él la bendición de Dios. En el caso de Jesús no podía tratarse sino del ofrecimiento de la salvación definitiva que él anunciaba y que había sido la causa de toda su vida, inseparable de su propia persona. Pero, a la vez que ejecuta el gesto, Jesús, en línea con la tradición profética, pronuncia unas palabras que pretenden aclarar ese sentido. Antes he dicho que estas palabras sobre el pan, por su estilo sobrio y aparentemente enigmático, tienen buenas posibilidades de ser históricas, pues no era costumbre acompañar el gesto con palabra alguna; sin embargo Jesús, en contra de toda costumbre judía, acompaña el reparto del pan con unas palabras insólitas: “*Tomad, esto es mi cuerpo*”

La antropología semítica es profundamente unitaria y no habla del cuerpo como de una parte de la persona -lo material contrapuesto a un principio espiritual como en el pensamiento griego- sino que el cuerpo es todo el ser humano, toda la persona en cuanto se exterioriza y es capaz de relación. Así pues, “*esto es mi cuerpo*” equivale a afirmar, “*esto soy yo*”. Jesús utiliza el simbolismo más común el del pan, alimento básico, para expresar su entrega. Se ofrece como alimento a sus discípulos. Lo que ha hecho toda su vida, lo realiza ahora con especial solemnidad y eficacia como el resumen y expresión de toda su existencia. Como los gestos de los profetas, en el ofrecimiento del pan no sólo se anuncia, sino que se realiza ya la entrega de Jesús que culminará, dentro de muy poco, en el Calvario. El signo del pan recapitula toda la vida de Jesús y prefigura el hecho irrepetible y decisivo de la cruz.

Ahora bien, para su consumación, este gesto de Jesús requiere la aceptación por parte de los comensales. Es un gesto esencialmente relacional, como el banquete es, por esencia, comunitario; es un ofrecimiento a participar de su entrega, de su servicio, de su muerte confiada, de su vida. Este pan propiamente, más que un don estático, es un donante personal que ofrece la comunión con él, la participación de su destino.

La Cena, por inesperado que pueda parecer su contenido, surge orgánicamente de lo que sabemos del Jesús histórico. En la cena destaca, no sólo el acto del pan sino la naturaleza del don. El pan es elevado a símbolo decisivo de su persona y su existencia. El pan existe para entregarse, para ser incorporado y conservado en el ser del hombre, que lo come para dar vida dejando de serlo. En el pan ofrecido revela Jesús su ser más profundo, ser para Dios y ser para los hombres. Jesús no se predica a sí mismo, pero la salvación definitiva de Dios que él ofrece, está vinculada necesariamente a su ministerio y a su persona y ahora, en el momento decisivo de su despedida, ante el aparente fracaso de su muerte, mantiene la oferta de la salvación.

En el gesto del pan que entrega, y con sus palabras, realiza la suprema identificación de esa salvación con su persona: *Esto soy yo*. Como ya sabemos, la reflexión posterior de la Iglesia hizo de Jesucristo el centro de su mensaje, es decir, explicitó la dimensión cristológica que es taba implícita en el anuncio de Jesús histórico. Muy pronto afirmará, con un realismo extraordinario, la identificación de Jesús con el pan. En el Evangelio de Juan se dice: “*El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*”. Y Pablo dice: “*El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?*”

Pero esto no está exento de peligro; el pan y el vino no son comprensibles sino como vehículos de comunión y participación en la vida entera de Jesús que en ellos se expresa. Se tergiversa el sentido de la Cena de Jesús si las palabras y gestos degeneran en rito mágico, si se les aísla de lo que Jesús expresaba con ellos y de la comunión existencial que querían producir; esto ha podido suceder con frecuencia a lo largo de la historia de la Iglesia.

La acción profética con la copa

Al final de la Cena Jesús realiza, como he dicho antes, un uso consuetudinario judío: la acción de gracias con la copa de vino, pero lo llena de un sentido especial, para lo cual introduce dos novedades: En primer lugar, se utiliza una sola copa; todos beben de la copa que Jesús hace correr entre sus discípulos. Y en segundo lugar, lo acompaña con una palabra interpretativa. Cuando se sentaba en el banquete el cabeza de familia y enviaba su copa a algún comensal, se interpretaba que le hacía partícipe de su bendición. Jesús invita a sus discípulos a participar de su copa, y la bendición que ofrece es, sin duda, la salvación definitiva de Dios, que había ofrecido durante toda su vida. Igual que con el pan, invita a beber su copa, es decir, invita a participar de su vida, pero también a fortalecer los vínculos entre ellos, porque la copa es única.

En este caso, hay que añadir algún aspecto más. El mero gesto de la copa ya está presentando la perspectiva de la muerte de Jesús con más claridad que lo podía hacer el gesto del pan. La copa puede designar la suerte de una persona. Al invitar, en aquella hora, a beber de su copa, Jesús les está invitando a participar de su muerte; es la idea que aparece en la oración del huerto: *“Aparta de mí esta copa...”*, y que se encontraba también en la pregunta que Jesús había dirigido a los Zebedeos: *“¿Podéis beber de la copa que yo tengo que beber?”*

¿Cómo hay que entender las palabras que Jesús pronuncia sobre la copa? Ciertamente son más largas que las del pan, están muy teologizadas, y presentan una interpretación explícita de la muerte de Jesús. Para su interpretación tenemos que descubrir el trasfondo del AT.

Las palabras son un poco diferentes en las dos versiones que hemos visto antes: Marcos y Mateo por un lado y Lucas y Pablo por el otro; sin embargo, ambas versiones coinciden en considerar que la muerte de Jesús sirve para establecer una nueva relación entre Dios y los hombres. Pese a sus diferencias ambas usan el símbolo veterotestamentario de la alianza, para designar la relación de Dios con los hombres, la salvación escatológica, y afirman que es Dios quien establece esta alianza.

Pablo y Lucas dicen respectivamente: *“nueva alianza en mi sangre”*, y *“nueva alianza en mi sangre que es derramada por vosotros”*. Marcos y Mateo dicen: *“Ésta es mi sangre de la alianza que es derramada por muchos”*. Hay, pues, una inequívoca referencia a la alianza del Sinaí, narrada en el capítulo 24 del libro del Éxodo; en aquella ocasión Yahvé entregó los mandamientos, las Tablas de la Ley al pueblo en unas piedras, y Moisés mandó sacrificar unos toros, e hizo una aspersion sobre las piedras y sobre todo el pueblo. Dice el texto que *“roció con ella al pueblo y dijo: Esta sangre es la sangre de la alianza que Yahvé hace con vosotros”*. La sangre de la alianza simboliza la comunión de Dios con su pueblo.

Conviene subrayar también que el rito de la sangre no es un sacrificio de expiación sino de comunión. Pablo y Lucas dicen: *“Esta copa es la nueva alianza en mi sangre”*. Esta versión subraya más el tema de la alianza por dos razones: primera, porque la copa se equipara directamente con la alianza, y segunda, porque se afirma que es una nueva alianza, con lo que se está aludiendo al texto de Jeremías 31: *“He aquí que vienen días en que yo pactaré con la casa de Israel una nueva alianza, no como la alianza que pacté con sus padres, que ellos rompieron mi alianza; esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel; pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.”*

Los textos de Mateo, Marcos y Lucas, hablan de *“la sangre de la alianza que es derramada”*, con lo que, probablemente, se hace una referencia al siervo de Yahvé, (capítulo 53 de Isaías), que establece la alianza de Dios con su pueblo por medio de su muerte y de su sangre.

Jesús es el siervo de Yahvé, pero no se trata de un sacrificio ritual puntual, sino que es un sacrificio existencial, expresión del amor que anula todos los sacrificios culturales y cumple lo que ellos no podían obtener, como lo expresa bellísimamente el capítulo 10 de la Carta a los Hebreos.

La aceptación del valor histórico de las palabras de Jesús sobre la copa presenta mayores dificultades que la aceptación de las palabras de Jesús sobre el pan. Muy probablemente, la Iglesia primitiva pone en boca de Jesús unas palabras, elaboradas teológicamente, con las cuales está expresando el sentido salvífico que ella ha descubierto en la entrega y la muerte de Jesús. Es perfectamente admisible y legítimo que, ya desde muy pronto, la Iglesia desarrollase el sentido teológico de la entrega de Jesús y de su muerte por medio de esas palabras sobre la copa.

Los autores suelen discutir mucho acerca de si Jesús dijo unas palabras cuando pasó la copa y cuáles pudieron ser. Ciertamente, serían más sobrias, pero pienso también que es un problema relativamente secundario.

No es posible entrar a fondo en la cuestión de si Jesús mismo dio un sentido salvífico a su muerte. Por otra parte, cuando se habla de las actitudes más profundas, quizás hasta de los sentimientos, creo que hay que ser muy cauto y respetuoso. Como he señalado antes, Jesús tuvo que contar con la posibilidad de su muerte cercana, la afrontó con confianza en Dios y en actitud de entrega a los hombres, con la convicción, además, de que, pese a todo, el reino de Dios era irreversible, pero ¿entendió que ese Reino vendría gracias a su muerte?

No es claro que Jesús interpretase explícitamente su muerte como el sacrificio de expiación del siervo de Yahvé, porque no parece que tal idea estuviese muy extendida en el judaísmo de su tiempo. En mi opinión, los textos en que se aplica la figura del siervo de Yahvé a Jesús, son pocos y relativamente tardíos.

Por otra parte, la idea de la muerte expiatoria vicaria del mártir es, posiblemente, posterior a Jesús y se encuentra sobre todo en textos del judaísmo helenístico no palestinese. Ahora bien, como Jesús consideraba que su persona estaba en una relación muy especial con Dios y los hombres, no es desacertado pensar que el ofrecimiento de salvación que vuelve a realizar en la Última Cena, ante su muerte inminente, indicase que la salvación viene, no a pesar de su muerte, si no precisamente gracias a ella.

A los teólogos les ha interesado siempre saber cómo interpretó Jesús su muerte. Entre ellos, uno muy reconocido dice las siguientes palabras: *No hay manera posible de tener certeza sobre lo que ocurría en la mente de Jesús en aquella ocasión. Una vez más es importante caer en la cuenta de que la fe del cristiano del siglo XX en la eucaristía, no depende de lo que puede reconstruir de las palabras del Jesús histórico.*

Yo creo que hay que hacer notar que estas discusiones sobre la muerte de Jesús tienen el peligro de aislarla y de ver en ella una acción puntual, al modo de los sacrificios de las religiones paganas. Hay que insistir una vez más -y creo que estoy recalándolo hasta con exceso- en que la muerte de Jesús recibe su sentido de la vida que él ha tenido, que es expresión de su entrega a los hombres y de su fidelidad a Dios. Jesús vive su fidelidad a Dios como entrega total a los hermanos. Su sacrificio es personal y no ritual; lo que busca Jesús con toda su vida, no es solamente quitar los pecados, sino dar vida nueva, por cuya razón, la categoría de expiación, tan presente en la tradición teológica, no responde a lo más central de la intención de Jesús,

“Haced esto en memoria mía”

Un pueblo, como cada persona, vive de su memoria; en ella se vuelve a las raíces y se recobra la identidad. El pasado puede convertirnos en sus prisioneros, pero también puede ser semillero de fidelidad y de posibilidades de futuro. El pueblo de Israel vive trágicamente la ambivalencia del pasado, cultiva con tenacidad sin igual su memoria; de ahí su peculiaridad y su asombrosa permanencia en la historia pese a tantos avatares y tantas tragedias. Así, gracias al cultivo de la memoria se explica también ese fenómeno literario único que es la Biblia, memoria del pueblo, repetida, celebrada, reinterpretada continuamente. El judío justo sabe que su primer deber es acordarse de las maravillas de Dios con su pueblo y que olvidarse de Dios es el peor pecado, la infidelidad y la apostasía. Ahora bien, el recuerdo no es la simple conservación del pasado, sino la permanencia de su significado, que es lo que tiene valor para otras épocas y para el hoy de cada generación.

El pueblo de Israel conserva su memoria, no sólo con palabras, sino también con celebraciones rituales, gestos, liturgias... La liturgia, sobre todo, será un medio de hacer memoria, de hacer presentes los hechos salvíficos del pasado, especialmente en la liturgia de Pascua; en el capítulo 12 del libro del Éxodo, cuando realiza la Pascua, dice: *“Éste será un día memorable para vosotros, un día para hacer memoria, y lo celebraréis de generación en generación”*.

En el AT, la liberación de Egipto es el hecho salvífico central, decisivo e irrepetible. Y la Cena Pascual es el signo profético que lo prefiguró como futuro inmediato y que lo actualiza en el futuro lejano para que todas las generaciones de Israel puedan sentirse partícipes de él. Los cristianos comprendieron, a la luz de la Pascua, que la muerte y resurrección de Jesús es el hecho salvífico, la nueva Pascua y, con toda lógica, aplica a la Cena de Jesús el mandato de memoria y repetición con que los judíos celebraban su antigua pascua. El *“éste es un día memorable, y lo celebraréis de generación en generación”*, se convierte en el *“haced esto en memoria mía”*. Es ahora la Cena de Jesús el signo profético que prefigura la entrega cercana del Calvario. El hecho, decisivo e irrepetible, de su muerte y resurrección apunta, a la vez, a un futuro lejano para que, mediante su actualización, todas las generaciones puedan participar del hecho irrepetible y decisivo del pasado.

El signo profético de Jesús con el pan y con el vino media entre el hecho fundante irrepetible del pasado y el rito del presente a lo largo de la historia. El signo, la Cena, se reitera en el rito del culto, pero apunta y se refiere a otra realidad.

Hay que ver la eucaristía en esta dimensión dinámica; en el pan y la copa se hace presente toda la vida de Jesús, que culmina en la cruz y en la tumba vacía; es un error aislar los elementos, el pan y el vino, o separarlos de la existencia cotidiana. La eucaristía es la actualización, por medio del rito, de toda la existencia de Jesús, de la misma manera que la Cena de Jesús fue el resumen de toda su vida y la expresión de sus actitudes más profundas. Celebrar la Cena del Señor es participar de su entrega hasta la muerte y de su resurrección; e implica la identificación con su fidelidad a la causa del Reino de Dios, con su entrega voluntaria y libre al servicio del prójimo hasta dar la propia vida.

Pero la memoria, bien lo sabemos, se degrada con facilidad; muchos judíos creían que el recuerdo de la liberación de Yahvé consistía en ampliar las filacterias, en recitar en voz muy alta el *shemá*, pero se olvidaban de lo esencial, la justicia, la misericordia y la fe; y Jesús tiene que recordárselo.

Nuestras eucaristías son un escarnio que degrada la memoria de Jesús cuando de ellas no brota solidaridad con los pobres, pasión por la justicia, la fraternidad, entrañas de misericordia, espíritu de libertad, fidelidad al Dios del Reino... Pablo diría que, si esto no se da, *eso ya no es comer la Cena del Señor*. Incluso decía a los Corintios: *vuestras reuniones en esas condiciones os hacen más mal que bien*.

Este peligro que hoy también nos acecha, fue muy pronto realidad; quizás por eso, como antes he sugerido, Juan, el último evangelista en cuya comunidad se conoce y se celebra muy bien la eucaristía, no relata su institución en la Última Cena, sino que pone en ese momento el lavatorio de los pies. No pretende sustituir nada, sino transmitir su sentido profundo: Jesús realiza la labor de un esclavo, lava los pies de los demás sin manto y con la toalla ceñida, en actitud típica de un sirviente. Una vez más, ahora ya al final de su vida, sus discípulos no le entienden: Pedro protesta e incluso se niega al gesto de Jesús...

A la Iglesia le resulta más fácil celebrar el rito de la Cena del Señor que vivir su sentido; pero es el mismo Señor quien, con el pan y la copa en la mano, nos dice: “*Haced esto en memoria mía*” y quien, como esclavo a los pies de los hermanos, nos dice: “*haced también vosotros como yo he hecho*”. Sin duda se trata de un mismo gesto.

Muchas gracias.

DIALOGO

P.- *¿Cómo celebrar en nuestras comunidades y parroquias la eucaristía con el sentido y las actitudes que tenía Jesús, tal como han sido desarrolladas en la exposición?*

R.- Como saben, el primer Decreto que se aprobó en el Concilio Vaticano II, fue el de la liturgia, que supuso realmente una renovación profunda, incluso espectacular. Pero creo que, más tarde, la experiencia nos hizo caer a todos en la cuenta de que la verdadera renovación litúrgica depende de que existan comunidades cristianas. Es decir, las formas se pueden cambiar, mejorar... pero la clave de todo está en que haya una verdadera comunidad que crea; por tanto, me parece que construir comunidades cristianas es la gran tarea para poder celebrar bien la eucaristía.